

# EL ATENEO.

PRECIOS POR TRIMESTRE.

En la capital. . . . 10 rs.  
Fuera de ella. . . . 12  
Números sueltos. . . 1

REVISTA SEMANAL,

PUNTO DE SUSCRICION.

En esta ciudad, librería  
de D. Alejandro Villatoro,  
Comercio, 57.

ÓRGANO DE LAS CONFERENCIAS CIENTÍFICO-LITERARIAS.

AÑO I.

TOLEDO 9 DE MAYO DE 1878.

NÚM. 10.

## CONFERENCIAS.

El lunes 25 del pasado, como adelantamos en nuestro número anterior y previas las formalidades de costumbre, ocupó la tribuna el Sr. D. Jesús Galán, encargado de la conferencia de aquel día en la que desarrolló por completo el tema que tenía anunciado: EL ALMA.

Comenzó su discurso dando las gracias á la dignísima Junta que había tenido la atención de concederle un turno en las Conferencias y rogó al público y á sus compañeros, le dispensaran si llevado de su buen deseo, había traspasado los límites de la modestia, sabiendo que otro cualquiera, con más justos títulos, hubiera desempeñado mejor que el orador tan difícil cometido.

Sentó que el hombre lleva en su naturaleza una imperiosa necesidad de fijarse en una convicción y que la base sobre que debe fundarse toda convicción filosófica, debe ser la exposicion de los últimos resultados á que ha llegado el espíritu humano. Si el escepticismo y la duda reinan en el fondo de nuestros más íntimos pensamientos, con mayor razon necesita el hombre una creencia, porque el que se precia de no tener ninguna, está muy próximo á caer en la supersticion ó á desaparecer en la indiferencia.

Dijo que en la actual sociedad pensadora luchan dos escuelas diametralmente opuestas; la materialista y la espiritualista; la primera se apoya en los trabajos de la ciencia y aparenta deducir de ella su sistema, al paso que los espiritualistas, viven escondidos entre los empolvados manuscritos de sus bibliotecas góticas y pretenden colocarse por encima de la experiencia y dominar las alturas de la razon pura.

Advirtió que no pertenecía á ninguna de estas dos escuelas; que combatiría al materialismo, no con las armas de la fé religiosa, ni con los argumentos de la fraseología escolástica, por considerarlos hoy insuficientes; que se proponía demostrar

la existencia del alma por medio de la ciencia, y presentar tranquila y pura en su grandeza la verdad, que no es la copa pública que pasa de boca en boca en la mesa del festin.

Prosiguió diciendo que los materialistas aplican la Astronomía, la Física, la Química y la Fisiología, á problemas que estas ramas de la ciencia no pueden resolver y como en nuestra época se presiente universalmente la capacidad de la ciencia, la razon nos ordena protestar contra esos supuestos triunfos, y que la humanidad tanto tiempo agitada por el océano de la ignorancia no tiene otro puerto de salvacion que la ciencia misma.

Manifestó que las doctrinas materialistas no son sino el producto de pensamientos sistemáticos, que léjos de ser fecundados por la ciencia, no han recibido de este brillante sol, sino un estéril y pálido rayo extraviado de su direccion natural; que sus teorías no pueden invocar en su apoyo uno solo de los grandes experimentos científicos, por más que las presentan como el resultado de todo el trabajo científico actual; que es preciso que las inteligencias piensen por sí mismas y no se dejen engañar por juegos de palabras, ni por la fraseología actual, especie de *logomaquia*, como la de Broussais, sosteniendo que Dios y el alma no existen, porque el lenguaje humano los designa á veces bajo términos negativos, lo cual equivaldría á decir que la materia tampoco existe, porque se la califica de la propiedad de ser *impenetrable* y que esta palabra es negativa.

«La piedra angular sentada con grandes esfuerzos por el materialismo contemporáneo, dice un sabio moderno, permite adivinar que no es otra cosa que un tronco viejo de madera carcomida y el fondo los partidarios de este sistema, no están más seguros de la solidez de su escepticismo, que lo estaban los calvos discípulos de Heráclito y de Epicuro.»

Hizo notar que al mismo tiempo que los fisiólogos declaran que el hombre no es más que un

producto ciego de la materia, hay todavía en nuestra época sabios ilustres que se han quedado tan completamente fuera de los movimientos de las ciencias físicas y químicas, que no tienen la menor idea de las modificaciones necesarias causadas por este movimiento en todas las concepciones del pensamiento humano.

Así es que al observarlos exponiendo con su tono magistral y su inagotable charla sus supuestas verdades, creería cualquiera ciertamente que se habían quedado dormidos en aquel año memorable en que Copérnico, moribundo, recibía el primer ejemplar de su célebre libro *de revolutionibus*, y que se despiertan hoy ignorantes de las revoluciones que se han verificado.

Invocó el testimonio de Pascal sobre la gran importancia que para todo hombre pensador debe tener el difícil problema de la existencia del alma y compadeció á los que indiferentes ó desdeñosos no quieren elevar su espíritu hácia este importante asunto, cuya grandeza desconocen.

Empezó por refutar á los que revisten á la materia de ciertas propiedades eternas, calificativas de la materia misma, las cuales *bastan por sí solas*, para explicar el mundo, y la consecuencia que deducen de este principio, al sostener que la personalidad del ser viviente y pensante no existe, que el espíritu, como la vida, no es más que el resultado físico de ciertos agrupamientos de átomos y que la materia gobierna al hombre. Combatió la opinion de Hermann Scheffler, y se admiró que cultivados talentos, se obcecaban hasta el punto de negar las facultades más nobles del hombre.

Entre otras cosas, dijo al tratar este asunto, que el oído y la vista de ciertos pequeños seres, rehusan oír la bella armonía que llena el mundo con sus acordes, y ver la grandeza de la arquitectura celeste, que lanza en el espacio el arco de las órbitas estelarias; la luz, el calor, la electricidad, hacen circular á través de los infinitos, el movimiento, la vida, la radiación sublime del esplendor y de la belleza, y unos parásitos apenas salidos á la superficie de una pequeña esfera, prefieren tiritar de frío en la sombra que confesar la radiación del cielo.

Hizo el análisis fisiológico del cerebro describiendo los dos *hemisferios* en que está dividido, por un surco profundo que sigue su línea media y en el cual penetra un pliegue de la *dura-mater*, llamado *hoz del cerebro*; dividió los dos *hemisferios* en tres segmentos seguidos y de delante á

atrás, los lóbulos frontal, parietal y occipital: además el lóbulo inferior temporal y el lóbulo central.

Comparó el cerebro del hombre con el del mono y demás animales y expuso las semejanzas y diferencias que entre éstos cerebros existen, según las opiniones de Tiedemann, Gratiolet y Wagner.

Habló del peso comparativo del cerebro, de la importancia que éste tenía, así como de la importancia no menor que tienen las circunvoluciones, las anfractuosidades, la profundidad de los surcos, é irregularidad del dibujo de las primeras, en el desarrollo y superioridad de la inteligencia; y manifestó que según las acreditadas opiniones de Wogt, Peacock, Hoffmam, Tiedemann, Lauret, Schneider, Pozzi, Seunert, Arlet, Haller, Bartholin, Picolhuomini, Lelut y Parchappe, el peso de un cerebro humano, varía entre tres y cuatro libras.

Hizo una exposición de las relaciones del cerebro con el pensamiento y de las consecuencias que los materialistas deducen, para probar que la inteligencia es una producción del cerebro.

Probó, en vista de los autorizados experimentos de Esquirol, Luret, Georget y Ferrus, que no hay ley exclusiva sobre la correspondencia del cerebro con el pensamiento y refutó la asercion de los que consideran la locura como una enfermedad patológica del cerebro, siendo así que es más bien una afección psicológica, desmintiendo los hechos de Romain Fischer, con los escritos del anatómico Albert y otros hombres notables.

Manifestó la idea que algunos, como Balzac, Fuerbach y Huarte, habían tenido de considerar el fósforo como el elemento más importante del pensamiento, y negó la exactitud de las relaciones entre la medida horizontal del cráneo y la inteligencia, valiéndose para ello de las demostraciones de M. Lelut y otros varios.

Dijo que los dolores morales no son causados por ninguna alteración del cerebro, ni por enfermedades exteriores, ni se miden geométrica ni químicamente, sino que residen en el alma y constituyen el dominio del mundo moral.

«¿En dónde encontrais la acción de la materia, en las leyes morales que rigen la conciencia? Las nociones de lo justo y de lo injusto, qué tienen de comun con el ácido carbónico? ¿Será hablar en razón, decir que Sócrates tenía 2,240 gramos de inteligencia, Byron 2,325 y el Cardenal Cisneros 2,124 porque sus cerebros eran relativamente de estos pesos?»

Pasó luego á examinar las definiciones que hacen del alma Carl Wogt, Moleschott, Büchner, Cabanis y Hegel y puso de manifiesto la singular y ridícula teoría de los que consideran al *génio* como una *neurosis*, y la colocan en el mismo rango que la locura, refutando con el testimonio de M. Paul Janet, esta infundada teoría.

«Lo que constituye el *génio*, no es el entusiasmo, sino la superioridad de la razón, es propiedad del *génio* poseerse á sí mismo, gobernar sus ideas, tener la conciencia clara de lo que quiere y de lo que vé y no perderse en un éxtasis vano y absurdo semejante al de los fakires de la India; en una palabra, el *génio* es el espíritu humano en su estado más sano y más vigoroso.»

Declaró que las deducciones y consecuencias de los materialistas son ilegítimas é inadmisibles y arbitrarias; ni la Física, ni la Química las demuestran. Creen ser los verdaderos intérpretes de la ciencia y tener en sus manos el porvenir de la inteligencia, sin hacerse cuenta que de este modo nos hacen retroceder veinticinco siglos, á los tiempos de Aristóteles.

Extendiéndose después en la determinación del *yo* personal; combatió á Broussais, Loke, Cabanis, y Condillac, los cuales sostienen que el cerebro es el que piensa y que éste mismo cerebro es el *yo*. Afirmó, aduciendo algunas pruebas, que el *yo* personal demuestra la existencia del alma, pero no la constituye; que el alma es el sugeto pensante, mientras que el *yo* es una concepción que da por fenómenos internos el carácter de hecho de conciencia.

Demostró que la identidad permanente de nuestro espíritu es inconciliable con la mutación incesante de las moléculas, y señaló la ley general que preside á la vida universal.

«Todos los seres que pueblan la superficie del globo, hombres, animales y plantas, dice un sábio francés, están en nuestro cambio de organismo.»

«Tal átomo de oxígeno que respirais ahora, fué quizá ayer respirado por uno de los árboles que adornan la vega que riega el Tajo; tal átomo de hidrógeno que humedece al presente el ojo penetrante del león de la casa de fieras del Retiro, humedece al presente nuestros lábios; tal átomo de carbono que arde actualmente en mi pulmon, ardía también quizá, en la vela de que se sirvió Newton para sus experimentos de óptica; el fósforo que formaba las fibras más preciosas del cerebro de Cervantes, yace al presente bajo la concha de una ostra, ó en una de esas nubes de animáculos

microscópicos, que pueblan la mar fosforescente; el átomo de carbono que se escapa en este momento de la combustión de vuestros cigarros, quizá haya salido hace algunos años de la tumba de Cristóbal Colón. La vida no es más que un inmenso cambio de materias. Físicamente nada nos pertenece en propiedad. Sólo nuestro ser pensante es nuestro, es nosotros, él solo nos constituye verdadera é inmutablemente, porque siendo cosa del espíritu y no de la materia, no está ni puede estar sujeta á las renovaciones incesantes de la segunda.»

Pasó luego á probar que la identidad permanente de nuestra persona también es inconciliable con la mutación del órgano cerebral, y probó que todos tenemos la certidumbre de que nuestro ser pensante no ha sido nunca cambiado, como lo han sido nuestros cabellos, nuestras facciones y nuestro cuerpo, nadie se atreverá á explicar física ni químicamente de qué manera la renovación de los átomos, puede establecer como resultante un ser que piensa, que tiene conciencia de la permanencia de su identidad.

Estableció que la forma individual y la permanencia de las facciones no están tampoco sujetas al cambio perpétuo de las moléculas. Nuestras facciones, dijo, siguen inscritas en nuestro rostro, nuestros ojos conservan el mismo color y nuestra fisonomía el mismo carácter; y los que han tenido la ventaja de sacar de la gloria militar alguna noble cicatriz conservan esta marca solemne, á pesar de las renovaciones de las carnes.

Mostró el error de los que quieren localizar las facultades de la inteligencia en los diversos órganos del cerebro, como lo pretende Gall, y expuso el carácter dinámico del alma en todas sus manifestaciones. Aseguró con Descartes, Loke y Leibnitz que la fuente de todo movimiento corporal reside en el espíritu y que el pensamiento es la acción del alma.

Consignó que el espiritualismo es exclusivista é intolerante; que los excesos mismos de los espiritualistas y su imprudencia provocaron el exceso contrario; que su oscura é insuficiente teología no puede colocarse delante de la ciencia moderna para discutir y resolver éste y otros problemas; que mientras se obstinan en vivir aislados en el mundo solitario, rodeados de un círculo intraspasable y ocultos entre viejos pergaminos; mientras no sean astrónomos, físicos, químicos, geólogos, naturalistas, no podrán adquirir la fuerza del raciocinio tan absolutamente indispensable en nuestra era de ciencia pura.

\* Entró después á exponer la influencia del clima y de las relaciones exteriores del individuo y de la nacion de que aquél forma parte en la preponderancia y en el grado de cultura intelectual que adquiere, segun el término medio en que debe desarrollarse; y negó que estas observaciones prueben que la materia gobierne al hombre.

Afirmó que la voluntad es la que dirige las acciones humanas y no las combinaciones químicas del fósforo, ó los efectos de la electricidad nerviosa.

Dijo que los apóstoles de la ciencia no pertenecieron nunca en propiedad á ningun rango, ni á ninguna clase social; salieron indiferentemente de todas las clases, de todas las gerarquías, del taller y del campo, de la cabaña y del palacio.

Presentó el cuadro de los hombres eminentes que debieron todos sus triunfos, á su ardor en el trabajo y á sus perseverantes esfuerzos, citando entre otros muchos á Franklin, Arago, Laplace, Keppler, Galileo, Newton, Copérnico, Cuvier, Herschel, Shakespeare, Rousseau, Voltaire, Kant, Schelling, Krause, Fray Luis de Leon, Cervantes, Colon, Alonso Cano, Lope de Vega, Ramus, Buffon, Cook, Livingstone, etc. etc.

Preguntó de qué manera el ázoe ó el fósforo, habian entrado en la voluntad de estos sábios ilustres y cómo se compuso el carbono para elevarlos á la cumbre de la esfera intelectual.

Interrogó ante tantos ejemplos de valor y ante tantas glorias de nuestra familia pensadora, ante tantas antorchas que se extinguieron brillando en la cabeza de las generaciones, con qué osada frente se viene á acusar, que la voluntad es una ilusion y la fuerza moral una esclava, y con qué derecho se atreven á reducir el poder de estos grandes corazones, á las condiciones fisiológicas del sér, ó al impulso de las circunstancias.

Recordó las insuperables dificultades que hubieron de vencer los inventores del fuego sagrado, llamados James, Watt, Jacguard, Girard, Fulton y Stepheuson, y admiró la actividad de los artistas conocidos y saludados con los nombres de Miguel Angel, Rafaél, Murillo, el Ticiano, Velazquez, Mozart, Meyerbeer, Calderon, Espronceda, Benvenuto Cellini y otros.

«Para sostener los actos de energía y de valor de estos hombres eminentes, se necesita otra cosa que una agregacion de átomos de carbono ó de hierro; se necesita otra cosa que una combinacion molecular.»

«La humanidad toda entera protesta contra las locas afirmaciones materialistas y protesta con ese

juicio íntimo, fundado en la afirmacion de nuestra conciencia.

\* «Pues qué reside la virtud en otra parte que el alma? ¿en el alma independiente, *en el alma espiritual*, que oye la voz de la verdad y á la cual no afectan las tergiversaciones del mundo material?

«En el carácter humano, la energía es verdaderamente la base misma y la condicion de toda esperanza legítima, y si es cierto que la esperanza es el perfume de la vida, el poder de la mente es sin duda la raíz de esta planta querida.»

Habló luego del *arte* y del efimero y pobre objeto que le dan algunos, examinó el panteísmo y el ateísmo y concluyó su discurso estableciendo aunque muy ligeramente, por lo avanzado de la hora, que la razon como poder absoluto de los principios de toda direccion del espíritu, estaba sobre el espíritu individual y sobre el cuerpo; que se mostraba en todo organismo, ya espiritual, ya corporal; por consiguiente, no pertenece ni á uno ni á otro, es superior á ambos.

Terminó, en fin, elevando todo lo que existe y subordinando el universo entero al Sér infinito y absoluto.

Bosquejó los innumerables encantos que ofrecen las contemplaciones terrestres, las cuales hacen revelaciones inesperadas.

«En estos fugitivos é inerranables instantes, dijo al describir sus últimas impresiones, es en donde me domina con más fuerza y en donde se me aparece con más luz, mi sincera creencia en el alma, y es en donde me siento subyugado por la necesidad de reconocer una causa, una causa que no puedo nombrar, pero que se me presenta con todos los caracteres de la hermosura misma, de la bondad, de la ternura, del amor, y llevando tambien en ellos el poder, la grandeza, el dominio: ¡la idea estética de Dios!

Basta este ligero resumen, no tan extenso como la importancia del tema debatido lo exigiria, para probar el alto criterio, la elegancia de frase, y la lógica de concepto con que el Sr. Galan ocupó la atencion de su numeroso auditorio que varias veces le interrumpió durante su discurso probándole así la complacencia con que le escuchaba. Reciba nuestra más sincera enhorabuena y prepárese á recibir nuevos lauros en la terminacion del desarrollo de su tema, anunciado para el próximo lunes.

## SECCION LITERARIA.

## LA NIÑA EN LA FUENTE.

Al pié de rústica fuente  
 Cuyo frente,  
 El fresco musgo tapiza,  
 Cabe el agua que se riza  
 Al correr por la vertiente,  
 Una niña delicada,  
 Desolada  
 Por infantil desventura,  
 En la dulce linfa pura  
 Fija la triste mirada,  
 Suspira y gime llorosa  
 Afanosa,  
 Al ver con profunda pena  
 Que se va hundiendo en la arena  
 Su cantarilla preciosa.  
 El débil bracito extiende,  
 Y pretende  
 Llegar del cáuce hasta el fondo,  
 Pero se halla allí tan hondo  
 Que en vano lo alarga y tiende.  
 Por su corpiño ajustado,  
 Ya mojado,  
 Penetran del agua perlas  
 Que sin sentir las, ni ver las  
 Surcan su seno nevado;  
 Pues sólo vé, sólo siente  
 La inocente,  
 Que está el cántaro cubriendo  
 La arena que va subiendo  
 A impulsos de la corriente;  
 Y al perder toda esperanza  
 Pues no alcanza  
 A recobrar su tesoro,  
 Prorrumpe en amargo lloro,  
 Y ayes lastimeros lanza.  
 Un niño, también hermoso,  
 Presuroso  
 Sus lamentos escuchando,  
 Se fué á la niña acercando  
 Con ademan cariñoso.  
 Y al descubrir compasivo  
 El motivo  
 De aquel llanto que la inunda,  
 A la corriente profunda  
 Arrojárse irreflexivo;  
 Y aunque en el agua zozobra,  
 Vigor cobra,  
 Sus embites resistiendo  
 Y el brazo en el fondo hundiendo,  
 La cantarilla recobra.

Así como ya pasada  
 La tronada,  
 Entre el celaje onduloso  
 Y el aguacero copioso,  
 Muestra el sol su faz velada,  
 Por las lágrimas surcado  
 El rosado  
 Rostro de la niña Elisa,  
 Dibuja dulce sonrisa  
 Que deja al niño encantado;  
 Y entónces ella, amorosa,  
 Ya gozosa,  
 A tan gentil compañero,  
 Con un candor hechicero,  
 Besa y abraza graciosa.

GUTIERREZ MATURANA.

## UNA VISITA AL ESTUDIO DE MORENO.

Sr. D. Eugenio de Olavarria.

Mi muy querido amigo: Ya que no tienen *valor ni fuerza*, según V. opina, las razones que le expuse, declinando la honra de escribir algo, para EL ATENEO, acerca de la visita que—en compañía de los Sres. Giner, Gayangos, Riaño, Cossío, Linares, Gimenez y otros distinguidos Catedráticos—hicimos, días pasados, á nuestro cariñoso y comun amigo D. Matias Moreno, en su Estudio, convenga V. siquiera en las dificultades que han de ofrecérseme hoy, para traducir en palabras las agradables impresiones de aquella tarde. Dificultades, no ya sólo hijas de mi incompetencia, para hablar del bello Arte de la Pintura, sino también originadas en el conjunto de circunstancias que concurren en esta ocasión. ¡Vivimos todavía en una época en que la crítica de los amigos se califica, *a priori*, de interesada y parcial! ¡Como si á la amistad le estuviera prohibido decir la verdad ó ordenado el llevar consigo la falsía y la doblez! Yo bien sé que V., pensando rectamente, estimará que la crítica de un amigo puede y *debe ser* tan ingénua como la de aquéllos en quienes no concurra esa circunstancia; pero no por eso habrá V. de negarme que la mayor parte de los que leyeran, por ejemplo, un elogio, hecho por mí, de las sentidas y armoniosas producciones que de su bien cortada pluma de poeta han salido, exclamarían poco más ó menos: «es natural, ¡qué há de decir siendo su amigo...!» Y observe V. también que si este mismo amigo juzgase desfavorablemente otra de sus obras—con severidad quizá exagerada—daría origen á juicios tan infundados, tan ilegítimos y tan injustos como el siguiente que más de una vez habrá V. oído: «Cuando su amigo juzga así la obra ¡cuán mala no será?...»

Aquí tiene V. pues, el caballo de batalla y el fundamento de mis temores. Porque quien va á salir perdiendo, siempre, es nuestro amigo Moreno: ni honra ni provecho, como dijo el otro, puede resultar de nuestra oficiosidad, y en cambio su modestia, que es tan grande

como su buena fé y su aprecio para con los que tenemos la honra de llamarnos sus amigos, se vé acometida de pronto y sin prévia autorizacion, al llevar á las columnas del periódico su nombre y el título y noticias de obras que sólo en el seno de la amistad y privadamente se conocen. ¡Si al ménos hubiera sido V., como yo deseaba, el encargado de interpretar los sentimientos de los visitantes, Moreno habría encontrado alguna compensacion á la contrariedad que podamos causarle, en las bellezas de estilo y en lo poético de la frase, que en mi reseña no pueden naturalmente tener cabida! Compéñese pues, el amigo y compañero con mis buenos deseos y perdóneme el mal rato que con mi escrito le origine.

Siempre visito, amigo Olavarria, con verdadera fruicion el Estudio de un pintor, porque en él respiro una atmósfera de afecciones y de sentimiento que me hace olvidar las miserias y las pequeñeces de la vida ordinaria, harto positivista y descreída por desgracia. Allí encuentra uno amontonados, en admirable conjunto, elementos de todo género de cultura y civilizacion. Todas las edades tienen en el Estudio su representante; todas las esferas de la actividad su obra y sus productos; todos los progresos de la ciencia, del arte y de la industria su legítima expresion. La rica y cincelada armadura comparte con el mosaico, con el busto y con la estatua los sitios de preferencia. Las obras maestras de bajo-relieve, grabado y fotografia disputan al lienzo sus atractivos; y una completísima y variada coleccion de objetos que en otras épocas sirvieron de ornato á estancias verdaderamente régias, alternan con la caprichosa vestimenta del hidalgo ó de la dueña, del pastor ó del príncipe, del militar ó del monge, del noble ó del vasallo. Allí el casco y la celada, la espuela y la lanza, el escudo y la coraza; armas de todas clases y de todas las edades, con riquísimos trajes y costoso moviliario; hermosa agrupacion de retratos y espléndida mesa cubierta de flores y de frutas; libros, instrumentos de música; vagilla y mil y mil cosas que en vano intentaríamos enumerar.

En el Estudio se observa, al mismo tiempo, la marcha progresiva del artista; el desarrollo del génio; se sorprenden sus primeros pasos; se refleja lo atrevido de sus concepciones. La copia de cuadros que admiran al mundo pueblan las paredes de aquella estancia, donde el pintor pasa las horas de su existencia acariciando ilusiones que halagan su corazon y vigorizan su espíritu. El dibujo sencillo y elemental de una mano ó de una cabeza, se compagina con el boceto, con la nota ó apunte que en embrion anuncia la obra de muchas horas y de muchas vigiliass; el cuadro sin concluir hace muchos años, indica ó el cambio del sentimiento en el artista ó la pereza habitual del génio.

Y el estudio de nuestro amigo Moreno—V. lo sabe—aunque modesto y escondido allá en el fondo de una calle que va á ocultarse en el Tajo—como huyendo de las indiscretas miradas de una sociedad superficial—tiene cualidades dignas de estima y de consideracion. Tal vez ya acogida que en aquella casa se nos dispensa, aumenta los encantos que á nuestros ojos tiene el Estudio, donde tan agradables horas pasamos; tal vez el sentimiento

de la amistad suple con creces el esplendor y la riqueza que en otros Estudios de pintura se encuentra. Pero el Estudio de Moreno tiene lo que nuestra alma desea, lo que nuestro corazon ambiciona, lo que el templo del Arte reclama. El Estudio de Moreno atesora los esfuerzos de un hombre de corazon y de inteligencia, de un hombre que vive por el arte y para el arte. El Estudio de nuestro amigo, prueba lo que V. como yo oiria con satisfaccion, de lábios autorizados, en la visita origen de esta carta: «que la constancia y el talento se bastan para convertir un Estudio en verdadero Museo ó exposicion de cuadros de primer orden.»

De esos cuadros quiero ocuparme, consignando mis personales impresiones, y á ellos me refiero cuando deploro el retraimiento de nuestro amigo y la oscuridad en que tiene sus obras. Contrarestemos todos su modestia—imposible de justificar, por lo excesiva en estos tiempos de relumbron y de exterioridades—que perjudica sus intereses y le arrebató el distinguido lugar que entre los artistas de nuestros dias le corresponde.

Los primeros pasos de Moreno, en el divino arte de Rafael y de Murillo, después de haber ensayado sus pinceles en la copia de los mejores cuadros de Velazquez, Rivera, Rubens, el Ticiano, etc., que todavía adornan las paredes de su Estudio, obedecen á esa tendencia general de nuestros artistas á reproducir sin cesar las creaciones de otros siglos, imitándolas en la expresion, en la forma, en el estilo. Como si no tuvieran vida propia, no hallan fuentes de inspiracion más que en la historia, encerrándose en un círculo cuya circunferencia no rompen, sino raras veces con cierta timidez y desconfianza. El Arte entónces reproduce formas mejor que desarrolla sentimientos; habla más á los ojos que al corazon, busca el efecto en la ejecucion mejor que en la invencion; los cuadros son pulcros, afeminados, nimios si se quiere, más aun en detalle que en conjunto; el estudio de los paños, la brillantez del raso, el claro-oscuro del terciopelo, la transparencia del tul y del encaje, fijan casi toda la atencion del pintor. Pero Moreno se aparta pronto de esa direccion; comprende que hay otros órdenes y otras fuentes de inspiracion para el artista y abandonando la historia abre sus ojos para contemplar el mundo de la naturaleza: pintorescas colinas, valles fecundos donde corre el agua entre frondosas alamedas, cerros coronados de muros y torreonnes, celajes bañados en la tibia luz de la mañana ó cubiertos de colores por los últimos rayos del sol, el espectáculo del mundo en que fermenta sin cesar la vida, brotando á cada paso nuevas armonias, son en una palabra, asuntos que enamorando al artista sumergen su alma en un océano de placer y de melancólicos sentimientos que avaloran más y más sus producciones con ventajas para la expresion de la belleza, que es el supremo fin del Arte.

Una tercera evolucion se marca en los últimos cuadros de Moreno. Entendiendo que el Arte es también la expresion de la vida interior, de la vida de relacion—que es la vida de la sociedad á que pertenecemos, la vida del mundo que habitamos—rocega inspiraciones en el sufrimiento, encarna en sus obras afectos y

pasiones morales, y pinta la sombría tristeza del corazón, la duda que agita nuestra mente ó el escepticismo filosófico que combate nuestras creencias.

Fijémonos en alguno de sus cuadros y de seguro podremos señalar estos tres momentos de la vida artística de nuestro amigo.

*Una obeja entre lobos*, es como V. recordará el título de aquel intencionado cuadro en que Moreno representa un departamento de curia, á fines del siglo pasado, en ocasión que una vieja, interesada en el despacho de un expediente, visita á los curiales, acompañada de una hermosa jóven que está sirviendo de blanco á las miradas más ó ménos indiscretas y significativas de los mismos. El rubor y la turbación de la jóven, con tanta naturalidad expresados, el picaresco mirar de los curiales, que han suspendido todo trabajo á su presencia y las precauciones con que la vieja comunica sus deseos de ser servida, revelan claramente que el asunto ha sido interpretado por el artista con la misma facilidad que lo concibiera. Aquella riqueza de detalle en mesas, sillas, estantería, libros, legajos, cuadros, etc., etc.; aquel rayo de sol que penetrando por la ventana viene á reflejarse en el pavimento, dando un tono general de luz intensa á toda la habitación, demuestran que el pintor sabe dominar las dificultades de ejecución.

Y por si acaso quedara una sombra de duda respecto á esta facilidad de concluir, en los cuadros, hasta el último detalle con la mayor perfección, Moreno nos ofrece una afligranada joya en su *«Distracción de un Artista.»* Es un verdadero *tour de force* en detalles y dificultades; parece como que de intento se han acumulado en ese cuadro, obstáculos para apurar la paciencia del artista. ¡Qué conjunto tan admirable y qué bien dispuesto! Representa el Estudio de un pintor, en el momento de colocar éste debidamente, á una señora cuyo retrato está haciendo. Aquel tapiz del siglo XVI que se ofrece en el fondo, con tanto esmero concluido, aquella alfombra y aquel almohadon, de terciopelo verde; el vestido de raso y el traje completo del pintor, manifiestan bien claramente que están muy estudiados los paños, las sedas y los encajes. ¡Con qué primores se han concluido el velador con botellas y copas, la banquetta, los jarrones y las sillas, que aparecen en el cuadro! Allí nada falta! estatuas, bustos, caballetes y lienzos, violoncello, paleta y pinceles, etc., etc., todo está representado con propiedad y pulcritud. El natural no ha perdido con la reducción de los objetos á microscópicas dimensiones.

De este mismo género son *«Una dueña complaciente»* y *«Quien bien ama bien castiga,»* hechos con un esmero tal, que pueden figurar dignamente al lado de los anteriores. El primero nos representa el interés con que una dueña observa las impresiones que un enamorado galán experimenta leyendo una carta de que ha sido portadora. El segundo retrata el castigo impuesto á una niña que ha olvidado sus libros y sus labores más tiempo del que sus padres podían tolerar: sujeta á una silla, en su misma habitación, la niña no goza de otra compañía que la de los libros y la del gatito que cansado de sus juegos se ha tendido á los pies de su amiga: en ambos cuadros el asunto nos interesa y la ejecución es

acabada. Son un tegido de *foriture*. Las dificultades de luz y de color están vencidas.

De otro orden son los cuadros que llevan los títulos de *«Horas de dicha,» «Hojas muertas»* y *«Ensayo de una obra religiosa.»* Ellos solos bastarían á labrar una reputación. Su tonalidad, su colorido, su estilo y sentimiento nos marcan un avance extraordinario, un paso atrevido del artista. *«Horas de dicha»* retrata la felicidad de dos seres que se bastan en el mundo; son Fausto y Margarita, Julieta y Romeo, Abelardo y Eloisa. Poema de amor y de ternura encerrado en un beso que confunde dos corazones. El artista ha querido aumentar los efectos de su obra colocando á los amantes en el Claustro de San Juan de los Reyes, cuya rica ornamentación está realizada á conciencia.

En el *Ensayo de una obra religiosa*, encuentran todos los que le han visto una cualidad que no exageraríamos diciendo se sale de lo común y lo general. Es, á saber, el bello contraste del rojo y el blanco del grupo de monaguillos con el fondo dorado del órgano de la Catedral, donde el estudio de la obra religiosa tiene lugar. ¡Lástima que este cuadro sea uno de los que están sin concluir! Recuerda V. con qué fruición le contemplaban todos los visitantes y qué de elogios se hicieron de él? ¡Cuánta soltura en el pincel y cuánta fortuna en el conjunto!....

De *Hojas muertas*, no sé qué deba ya decir, después de haberle oído á V. aquellas oportunísimas observaciones, anuncio quizá de sentida cantiga inspirada en el cuadro: Una mujer que ha vivido rodeada de bienes y de riquezas, halagada por la fortuna y admirada por la sociedad; una mujer de quien ha dependido la dicha de muchos corazones, y cuyas palabras han sido siempre verdaderos mandatos; á solas con sus recuerdos reconstruye su historia y dirige, por última vez, una mirada llena de tristeza á aquellos objetos que tanto halagaron su corazón y que entrega á la devoradora llama de la chimenea que en un gabinete ricamente amueblado representa el cuadro. Prescindiendo del buen gusto que en el decorado se revela y del primor con que todos los objetos—jarrones, sofá, sillón, espejo, alfombra, tapices, libros, cartas, flores, etc., etc.—se han concluido, hay una ternura, una tristeza, un amor, un sentimiento en aquella mujer, que, como V. decía, retrata el fondo de un alma torturada; se podría inferir el contenido de aquellas cartas, la historia de aquellas flores.

De otro género es el cuadro que Moreno titula *«Un compañero de juego»*, hermoso paisaje, en que se representa una posesión á orillas del Tajo, animado con la presencia de una jóven que acaricia entre sus brazos un gato que le sirve de distracción y pasatiempo. La naturaleza se pinta con una frescura y una facilidad tal en este cuadro, se la ha sorprendido en una época de tanta exuberancia y de tan rica variedad, hay tanta luz y tanta espontaneidad, que á su vista nacen en nuestro corazón, sentimientos de amor y de alegría apacible, como los que experimenta nuestra alma en la vida de unión con la naturaleza.

De esa misma frescura en el colorido, son una serie de bustos, estudios del natural, representándonos tipos del país, y la preciosa bargueña que descalza y con su

cántaro á cuestras descendiendo por entre rocas á buscar el agua del río. Parece extraño que el autor de estas producciones, cultive al mismo tiempo el género de cuadros que ántes se han descrito. Parece extraño que el autor de «*Hojas muertas*» ó de «*Una oveja entre lobos*» lo sea también de una rica colección de tablitas de paisaje, verdaderas notas en que se sorprende un momento de la naturaleza, siguiendo el estilo de la pintura *large* (suelta, libre, ligera), que dicen los franceses.

¿Qué revela esto? Que Moreno tiene condiciones de verdadero artista, que no le sorprende ni le detiene dificultad alguna que no venza.

Debo concluir y concluyo, pues la amistad que con Moreno me une reclama no abuse más de un derecho que nadie me ha concedido. Quiero sin embargo que el punto final de esta carta, sea un consejo nacido en el corazón: usted sabe que nuestro amigo va á salir, de un momento á otro, con dirección á Londres y París. Pues bien, allí debe estudiar con cuidado los progresos y los adelantos de la Pintura, allí puede y debe apreciar las ventajas del entusiasmo y de la publicidad, poderosos estímulos del Arte; y cuando de regreso á su patria animen su corazón la fé en el trabajo y la legítima ambición de gloria, sacuda el retraimiento en que ha vivido y marque con la exposición de nuevas obras un nuevo período de desarrollo en su vida de artista.

S. MILEGO.

Toledo 6 Mayo 1878.

## DIÓGENES.

(Tomado del Alemán.)

En el siglo V ántes de nuestra era, vivió este filósofo discípulo de Artístenes, fundador de la escuela llamada *cínica*. Sus ideas le hicieron vivir de una manera extravagante y por demás rara, pues su vestido lo constituía una capa, sus muebles un palo, un saco y una escudilla y su vivienda un tonel, del cual se deshizo como refiere Krumphacher en la anécdota siguiente:

### LOS DOS TONELES.

Una mañana, el sábio Diógenes, al salir de su tonel para contemplar la aparición del sol sobre el horizonte, notó lleno de admiración que en su sitio, en lugar de proyectar sombra solo su tonel, eran dos los que bañaba la aurora. La causa era que un jóven de familia distinguida, habiendo tomado la resolución de hacerse sábio como él, quiso imitarle, colocándose durante la noche en otro tonel y aproximándose á su lado.

—¡Soberbio, hijo mío! dijo al verle el anciano. Admiró lleno de placer que la sabiduría ha adquirido contigo un jóven que comprende su ideal.

Este se sonrió por el digno concepto que de él había formado el venerable filósofo.

Pasados unos momentos, Diógenes coge su tonel, lo empuja rodándole hasta la orilla del mar, y le arroja sobre las aguas, viéndole al punto juguete de las olas que lo mecen besando su superficie.

El jóven se admira de lo que vé. El filósofo cínico le dice:

—Por fin encontré en tí un digno discípulo; termina

ahora tu obra dirigiéndote á tu personalidad; encomiéndate á los dioses, recoge todas tus haciendas y distribúyelas entre los necesitados.

El jóven escusándose dió una evasiva y se alejó rápidamente. Entónces Diógenes sonriendo, dijo:

—¡Qué tontos son los hombres! Piensan que les basta un tonel para llegar á ser sábios.

Y apoderándose del que el jóven había abandonado, le volvió á ocupar de nuevo.

El aturrido jóven, se avergonzaba cada vez que recordaba su propósito, y comprendió entónces por la primera vez en su vida que sólo había dado un paso hácia la ciencia conociéndose á sí mismo y deduciendo que era inepto para alcanzarla.

.....

Esto lectores nos demuestra que los que arrancan de los carteleros del Centro los anuncios de las Conferencias, dan el primer paso en el camino de la estupidez, desconociendo lo que se deben á sí mismos y á los demás, al propio tiempo que demuestran ser completamente ineptos para buscar la posible perfección por que todos nos afanamos en esta miserable existencia.

E. S.

## MISCELÁNEA.

En la tarde del lunes 6 de los corrientes, tuvimos ocasión de admirar en una reunión de amigos, á los señores Puig, Donas y Alcubilla (D. F.), que magistralmente y como ellos saben hacerlo, ejecutaron entre otras varias piezas, todas del mejor gusto, el *Jesús Nazareno* y *Ave María*, de Gounod, esas dos preciosas melodías en que las cuerdas parece que lloran sobre el dolor infinito, sobre ese sentido poema que empieza en las humildes calles de Jerusalem, para acabar en la elevada cumbre del Calvario; la *Romanesca del siglo XVI*, una melodía de Monasterio, una fantasía de la *Sonnámbula* y la *Serenata* de Schubert. Humildes admiradores de las altas dotes de tan distinguidos artistas, cuyo talento sólo es comparable á su más que exagerada modestia, nada decimos en su elogio en la seguridad de que nunca, por mucho que digéramos, podíamos hacernos eco de las impresiones por que hicieron pasar nuestro ánimo; el entusiasmo que despierta la buena música interpretada como dichos señores la interpretaron, se siente pero no se describe; la lengua del hombre es impotente ante la lengua de los ángeles.

—♦—

La conferencia de esta noche está á cargo del acreditado Profesor de la Academia de Infantería, Capitán D. Teodomiro Saavedra, y su tema será: «*Espíritu vital, en el reino orgánico.*»

—♦—

Causas ajenas á nuestra voluntad, nos impiden dar en este número como hubiéramos deseado, el extracto de la aplaudida conferencia dada por el ilustrado Profesor de la Academia, D. Francisco Martín Arrúe, el jueves anterior, ofreciendo á nuestros abonados subsanar la falta en el próximo.

TOLEDO, 1878.

IMPRENTA Y LIBRERÍA DE FANDO É HIJO,  
Comercio, 31 y Plata, 19.